

ESCUCHAR LA PALABRA

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

La liturgia de la Palabra de este día solemne nos invita a detenernos y contemplar un mensaje siempre nuevo. Agudicemos el oído, escuchemos con sosiego, y acojamos como don la Palabra de la Vida.

Los pies del mensajero

La primera lectura de este día gozoso de la Natividad del Señor, paradójicamente, nos traslada a espacios de desolación y ruina. En el horizonte del profeta Isaías aparece la imagen de la Jerusalén devastada por el invasor. A esta ciudad, esquilada por la contienda, el profeta anuncia un mensaje sorprendente y consolador. Dios ha entrado en la historia y se ha hecho cargo del dolor de su pueblo con amor compasivo. A esta ciudad ruinoso se le anuncia la paz.

El profeta nos invita a fijarnos en los pies de quien trae la gratificante noticia. Los ve hermosos porque son los pies los que permiten al mensajero desplazarse y comunicar su mensaje de salvación. El que recibe una buena noticia, deseada desde hace tiempo, graba en su retina el detalle del momento. El mensaje embellece a quien lo anuncia. La mirada se centra en quien proclama la paz. Empieza un tiempo nuevo, es el tiempo del reinado de Dios.

Un tinte universal colorea el anuncio de la buena noticia. *Alcanza hasta los confines de la tierra*, canta el salmo. La buena nueva no está dirigida a unos pocos sino a toda la humanidad. Nadie ha de quedar excluido de este anuncio.

La “estrategia” de la comunicación divina

El mensaje viene de Dios. Son muchas las ocasiones y las maneras con las que Dios se ha manifestado en la historia: patriarcas, profetas, jueces, oráculos, acontecimientos, anuncios, denuncias proféticas, ... La segunda lectura, tomada de Hebreos, nos invita a contemplar las formas con las que Dios ha salido al encuentro de la humanidad. En estas breves palabras somos guiados a través de la historia de la salvación mirada desde el “hablar de Dios”. La finalidad es clara. Nunca el comunicarse de Dios ha sido como el que ahora podemos experimentar. Ahora, Dios se comunica de forma absolutamente novedosa y definitiva por medio de su Hijo. ¿Qué palabra puede haber más creíble que la del Hijo? Jesús no es un mediador más, sino que es la Palabra encarnada del Padre comunicada a la comunidad creyente y destinada a alcanzar a toda la humanidad.

En el Hijo, Dios nos comunica que somos sus hijos

El Prólogo de Juan, que leemos en el evangelio, mantiene la tónica contemplativa de la liturgia de este día. El evangelista se remonta a la eternidad de Dios. La imagen de la Palabra vuelta hacia Dios revela la comunión divina. El amor desbordante de Dios que es comunión se comunica a la humanidad por medio del Hijo encarnado. Cantamos con el

evangelista y nos maravillamos con él; celebramos que Dios nos habla en su Hijo hecho carne, que ha puesto su tienda en la historia y camina junto a su pueblo.

El evangelista poéticamente anuncia y reta a quienes escuchan/leen el prólogo. Les anuncia que conocen el amor de Dios porque su Hijo Jesús lo ha dado a conocer. Toda la vida de Jesús, sus gestos y palabras, su encarnación, muerte y resurrección, todo en él es manifestación del amor del Padre. Al mismo tiempo, el evangelista reta al oyente/lector. La Palabra ha de ser escuchada y acogida. Acoger a Jesús, creer verdaderamente en el nombre del Hijo, nos capacita para llegar a ser en verdad hijos de Dios. ¡Somos hijos en el Hijo!

La Palabra hoy

Vivimos estos días de fiesta asatados por multitud de mensajes llenos de buenos deseos. Hay mensajes que leemos y otros que dejamos pasar; mensajes que quedan sin contestar, y aquellos que recibimos y a los que respondemos esbozando una leve sonrisa recordando al mensajero. Que el aturdimiento de los múltiples mensajes de estos días no nos distraiga de la Palabra y de su mensaje que es Vida. Celebramos la pasión de Dios por la humanidad, su sorprendente amor manifestado en la encarnación del Hijo, pero, también, somos interpelados a reencontrarnos con nuestra condición de hijos, llamados a abrazar la pequeñez de nuestros límites, e invitados a poner la mirada confiada en Dios que es Padre.

Ignacio Rojas Gálvez, osst